

FLOR IMBACUÁN PANTOJA

TEJIENDO RESISTENCIA, IDENTIDAD Y CULTURA

Redactado por Julián Alejandro Ruiz

Hilando dignidad en patrones de esperanza

En lo profundo del sur de Colombia, donde los Andes se visten de mantos verdes, de esperanza y de memoria, la figura de Flor del Carmen Imbacuán Pantoja emerge no solo como una diseñadora de modas, sino como una guardiana de la pervivencia cultural. Una trayectoria que se forma como un tejido complejo donde se entrelazan la lucha contra los prejuicios de género, la reafirmación de la identidad indígena y una propuesta estética que ha llevado la cosmovisión del pueblo de los Pastos a los escenarios más encumbrados de la moda global.

A través de su marca Hajsú Etnomoda, Flor ha transformado el telar de guanga en un lenguaje de poder, demostrando que la tradición no es un resto del pasado, sino una fuerza viva que resiste al olvido.





Registro
fotográfico
Christian Benavides

El despertar de una vocación entre hilos y silencios

La historia de Flor comenzó en la vereda Marcas Lirio, en el municipio de Cuaspúd, resguardo indígena de Carlosama. Desde los nueve años, su mirada se detuvo en el rítmico movimiento de las manos de su madre, María Fanny Pantoja, quien le enseñó que el tejido es una herencia que se transmite por línea materna, de mujer a mujer. Lo que empezó como un juego infantil de confeccionar vestidos para muñecas, pronto se reveló como una vocación inquebrantable que la llevaría a desafiar las estructuras de su propia cultura.

Sin embargo, el camino hacia la profesionalización estuvo marcado por puertas cerradas por el machismo y las limitaciones sociales. En su comunidad, la educación para las mujeres solía considerarse suficiente al terminar la primaria. Flor tuvo que emprender, en sus propias palabras, “una batalla brutal” para convencer a su padre de que le permitiera continuar sus estudios de bachillerato tras haber sido desplazados a Cumbal por la violencia. Su perseverancia y excelencia académica le abrieron la primera gran puerta: una beca que le permitió acceder a la educación superior sin necesidad de respaldo financiero, graduándose finalmente como Diseñadora de Modas en la Universidad Autónoma de Nariño.

Hajsú Etnomoda: Una apuesta a la identidad y el tejido social

Al regresar a su comunidad con un título profesional, Flor se enfrentó a un nuevo desafío: la idea de que el diseño de modas era exclusivo de las grandes metrópolis y no tenía lugar en un resguardo. En 2013, fundó Hajsú Etnomoda, nombre que en quichua significa “vestuario indígena”. En ese momento, el tejido en guanga, un telar vertical ancestral y precolombino, estaba perdiendo relevancia; apenas algunas madres tejían ruanas de manera rústica y el oficio no era reconocido como una prioridad estatal.

Las puertas del apoyo institucional permanecieron cerradas inicialmente, lo que obligó a Flor a iniciar el proyecto con recursos propios. Tras una lucha constante, logró el respaldo de la autoridad tradicional del Cabildo de Carlosama y, posteriormente, el acompañamiento de entidades como el SENA, la Agencia de Desarrollo Rural (ADR) y Artesanías de Colombia. Hoy, este proyecto se ha consolidado a través de la Fundación Hilando y Tejiendo Sueños Hacia la Equidad de Género, beneficiando a más de 500 familias y empoderando directamente a un grupo de 35 familias artesanas.



Registro
fotográfico
Christian Benavides

“

A pesar de que mil personas me decían que no se podía, yo decía: sí se puede

”

La mujer como tejedora de vida y resistencia

El respaldo que Flor brinda a la mujer en su cultura es el pilar de su labor. Las integrantes de Hajsú, conocidas como las “guardianas del legado”, son mayoritariamente madres cabeza de hogar, víctimas del conflicto armado y personas con discapacidad. Para ellas, tejer no es solo una actividad económica que genera empleo digno; es un proceso de sanación y empoderamiento social.

Flor ha integrado programas como “tejiendo con salud mental”, donde el acto de entrelazar hilos se convierte en una terapia de grupo que fortalece la autoestima y el sentido de pertenencia. Además, ha asegurado el futuro de esta tradición mediante la creación de “semilleros de guanguitas”, donde los niños y jóvenes aprenden el oficio desde temprana edad, garantizando que el conocimiento no muera con las generaciones mayores. En este espacio, el tejido es entendido como un “eco de vida” que otorga fuerza para seguir luchando.



Cosmovisión y sentipensares: El tejido como ser vivo

Cada pieza diseñada por las manos de Flor y su equipo es una manifestación de los sentipensares del pueblo Pasto: una amalgama de pensamiento racional y espiritualidad profunda. Para Flor, el tejido es un ser vivo que siente, que se inspira antes de nacer y que tiene un destino propio. Existe una creencia sagrada en la “minga”, el trabajo colectivo donde 35 personas comprometen su energía en la elaboración de una sola pieza única, sin series ni repeticiones.

La cosmovisión del pueblo de los Pastos se manifiesta en una iconografía impregnada de simbolismo sagrado que trasciende la simple decoración para convertirse en un lenguaje de identidad. El núcleo de este universo es el Sol de los Pastos, también llamado Taita Inti, quien como padre de la luz, la fortaleza y la sabiduría, orienta el camino a través de sus ocho puntas que simbolizan los puntales esenciales del territorio. A este equilibrio se suma la figura del Cueche o arcoíris, deidad protectora de las aguas y de lo femenino, cuya paleta de siete colores impone un sentido de sacralidad y respeto en cada diseño.

De igual manera, el trabajo de Flor incorpora la espiral cósmica, una representación inspirada en antiguos petroglifos que evoca la mirada de los ancestros hacia la bóveda celeste, simbolizando la dualidad entre lo divino y lo humano, así como la armonía complementaria entre hombre y mujer. Estos símbolos se integran armoniosamente con la Wiphala, cuyos colores representan la identidad colectiva de los pueblos originarios, logrando que cada prenda sea un “manto de conocimiento” que protege la memoria histórica de su comunidad frente al frío y al olvido



“

El tejido es la herramienta que nos permite recuperar nuestras raíces juntas, recordándole a cada mujer que es un ser valioso y capaz de proveer para su hogar y dignificar su propia vida

”



Registro
fotográfico
Christian Benavides

El fin de un legado: Del resguardo al mundo

El propósito final de Flor Imbacuán es la pervivencia de su cultura y el buen vivir de su comunidad. Ha logrado que la moda contemporánea dialogue con lo ancestral, utilizando fibras naturales como la lana de oveja, la seda y el algodón para crear productos versátiles de alta costura que han llegado a vitrinas internacionales en Estados Unidos, Canadá, Europa y Australia.

Su trayectoria ha alcanzado hitos históricos, como el haber ganado el Premio Lápiz de Acero 2023 y ser finalista del Premio Cafam a la Mujer 2024. Quizás el reconocimiento más simbólico de su éxito fue cuando una de sus piezas de la colección "Raíz Dorada" llegó a la Casa Blanca, entregada por el presidente de Colombia al mandatario estadounidense, convirtiéndose en un símbolo de paz y dignidad nacional.

Flor Imbacuán continúa caminando por las huellas de sus ancestros, soñando con una escuela formal de transmisión de saberes para que los jóvenes no tengan que abandonar su territorio para encontrar un futuro. Su trabajo es una prueba de que la identidad es el tejido más resistente de todos, uno que se fortalece con cada puntada y que, en sus propias palabras, genera vida y futuro para su pueblo. Moda con encanto ancestral y ambiental que, más allá de la estética, es un acto de fe en lo que somos.



*Diagramado por
Julián Alejandro Ruiz
Estudiante de Diseño Gráfico
Universidad de Nariño*